

Las semillas de la Virgen

Hipólito no puede aguantar más. Está hasta el copete, harto amolado de todo lo que es frontera, aduana, migra, interrogantes. No quiere pasar más rato en Laredo. Sólo quiere estar en casa, con su mujer, a pesar de los achaques que la han llevado a la perdición. Los amigos de Hipólito, pura gente de confianza, le habían asegurado que la frontera ya no tenía patrullas, que sin inconveniente podía entregar el paquete a Míster Cummings-Smith allá en San Antonio y estar de regreso en Los Cacastles, su pueblo, más bien ranchería, el mismo día. Todo esto se lo ha contado ya varias veces a los de aquí, y todo sin convencerlos.

Hipólito aborrece la situación. Le da asco el cuartucho en el que se halla y hasta el foquito desnudo del techo. El cuarto está desprovisto de muebles, salvo dos sillas de metal. Dos oficiales están sentados en ellas. Se parecen a los gabachos, pero quién sabe. Visten uniformes policiales de los gringos pero saben hablar español. A lo mejor son pochos. Uno de ellos, Cirilio, desguangüilado, modelo de carnosidad, con jotes en las mejillas, tiene en la mano una porra de hule. Los dos oficiales le sonríen a Hipólito, que está de pie, fatigado, manos esposadas, sólo lleva puestos los calzones. Hipólito se ve agobiado por las preguntas enfadosas que no parecen tener fin. Mira hacia el foquito colgado de un pedacito de cordón que a veces tiembla al entrar una racha de aire caliente de fuera, así como se columpiaba el San Cristóbal desde el espejo del camión. Ese foquito le parece ojo maligno, como aquel de don Apolonio. Le parece solecito en vías de morir.

“¿Cuándo puedo irme a mi casa?” Hipólito dice.

“Una vez que nos hayas cantado tu cancioncita entera, pedazo de malparto,” le contesta con una sonrisa el señor de la porra.

“Qué fandanga ésta,” dice Hipólito para sí pero en voz alta dice, “Sí señor.”

Hipólito diseca culebras de cascabel y se gana la vida vendiéndoselas a los turistas. Ocupa un alpende desvencijado en las afueras de Sabinas Hidalgo, allá en la carretera para Laredo, y tiene un letrero de cartón que

dice TAXIDERMISTA. Su pueblo, Los Cacastles, queda mero abajo del vecindario de Sabinas, y es cosa de una hora de caminata, todos los días, para llegar desde la choza hasta el alpende. Hipólito pasa los días esperando a que algún coche gringo haga parada en seco y que la gente compre al contado siquiera una de las seis u ocho culebras atiesadas en postura temible. De vez en cuando vende alguna que otra, pero las demás se le quedan en el cuerpo. Chole, su mujer, joven, pelo negro trenzado, está con él, siempre temerosa de las culebras, no importa que estén bien muertas.

A Chole la obliga a que le ayude también cuando va en busca de culebras en estado de vida. Desde muy chica ella tiene horror a las culebras. Hace unos días por poco le pica una refea y desmesurada, y ahora padece de un miedo que no la deja en paz, ni a Hipólito tampoco, pues Chole, que apenas salía con todo el trabajo, ya no quiere andar con él a ningún lado, no quiere salir ni para dar de comer a las gallinas. Se ríe embobada, de noche se despierta lanzando lamentos y se enronquece de tanto gritar. Come poco, se adelgaza, empieza a verse esquelética, tiembla mucho. Tiene agruras y dolencias, respira fuerte y rápido, tiene hormigueo por todo el cuerpo, se queja de que se le palpita el corazón a todo dar. No deja que Hipólito la toque ni siquiera para desgastar el petate.

“Usted tiene ojos de víbora,” le dice, y por fin él, fastidiado, la lleva contra su voluntad con don Apolonio.

Este, ombligón y con la calavera cubierta de sarna de güinas (desde hace meses se ha puesto lienzos calientes, lienzos frescos, pomadas de azufre y manteca, preparados de sangre de drago, pero de nada le han servido), está repanchigado sobre un sillón de mimbre estropeado, quebradizo. Hipólito se fija en que don Apolonio también tiene muchos granitos en las manos y en los brazos, que se rasca mucho, que es zurdo, y que las pupilas de los ojos son muy chicas e irregulares y que hay mucha rojez alrededor del iris. Hipólito se fija bien en todo esto. Se pregunta si los ojos de don Apolonio lanzan chorritos de sangre así como lo hacen los de las lagartijas enastadas.

Al rato don Apolonio dice, “¿Qué mosca le picó pa’ que se presentara aquí?” Humilde, con el debido respeto, Hipólito le cuenta su problema. Desde el sillón don Apolonio escudriña a la paciente.

“Su cuchufante está medio combiliada. Está al borde de una crisis nerviosa,” dice después de considerar el caso bajo todos los aspectos, “y de no comenzar en seguida con la curación puede que se enloquezca por completo o hasta puede fallecer pa’ siempre.”

“¿Cuánto piensa cobrar?”

“No es cosa de poca monta. Es un caso bastante enrevesado.”

“La empresa familiar no marcha.”

“A mí me acude pa’ pedir ayuda. Tendré que hacer uso de toda mi habilidad.”

“Estoy bruja. Vivo arañando la cubierta.”

“Esta curación va a exigir todos mis conocimientos.”

“Le digo que estoy en la mera fuácata.”

“¿Pobre? ¿Pobre el diablo que vive en el infierno! No soy ciego. Veo que los dos vienen calzados. El mismo Niño Fidencio, de quien soy fiel discípulo, andaba descalzo.”

“Me lleva la retuntuncha. Estos guaraches están acabados, se están rompiendo.”

Don Apolonio se pone a pensar. “¿No tiene ninguna cosa de valor?”

“Ni gallina descarnada.”

“¿Hortaliza con alguna fruta?”

“De mi hortaliza ni se sacan nopalitos.”

“Pos a ver si hay alguna posibilidad.”

Con mucha humildad y reverencia don Apolonio se arrodilla ante un cuadro del Niño Fidencio S. Constantino. Hipólito ve que a éste le rodean rosas, halo y luna, las mismas cosas que se ven en la imagen de la Virgen de Guadalupe. Don Apolonio se rasca y reza en voz baja. Parece dialogar con el santo Niño. Por fin se pone de pie.

“Mire usted,” le dice a Hipólito, “he platicado con el Niño Fidencio y me ha incumbido a que cure a su cuchufante. Cuando le puse en claro que usted no cuenta con muchos recursos, me dijo que le cobrara a largo plazo, con tal de que me pague algo ahorita pos me toca solventar a la tortillera.”

E Hipólito acaba por entregarle a don Apolonio mil de los dos mil pesos que le quedan en la vida. Este guarda el dinero en un estuche de puros.

Con una sonrisa le dice a Hipólito, “Le presto entonces el crédito por lo que usted no me pagó ahorita, más por el resto que me va a deber de recompensa a su debido tiempo. Así cumplo con lo que ordena el santo Niño.”

“Sí,” dice Hipólito, “lo que el Niño mande y usted diga, pero haga que se componga mi mujer pronto, por favorcito. Se ha vuelto recoscolina.”

“Se trata de una serie de curaciones. Una sola consulta no alcanza pa’ concluir el tratamiento. Su cuchufante tiene muchísimos padecimientos y le puedo hacer más daño si se los desecho todos de golpe. Usted la tiene que traer pa’ cá varias veces, nomás pa’ que lo sepa, y me tiene que pagar a plazos, con intereses, hasta pagármelo todo, ¿me entiende bien?”

“Sí,” dice Hipólito.

“Bueno, estamos compactados. Vamos a empezar. ‘Ora, pa’ que se dé cuenta, yo siempre estoy al tanto de los acontecimientos que por aquí tienen lugar, y sé que cierto nahual más ruin que los demás que por estas partes hacen daños y agravios se convirtió en culebra con el propósito de darle un sustazo a su cuchufante. Afortunadamente, yo con el apoyo del Niño Fidencio y de la Virgencita y de los santos del cielo la puedo aliviar. Pero la culpa la tiene usted por haberla llevado allá por donde los nahuales

se juntan pa' chiquihuitear y acechar a la gente, con afán especial de malear a las hembras.”

Don Apolonio se pone a meter a un amuleto de hojalata un poco de tierra que saca de una tinaja. Luego agrega unos pedacitos secos de coyote. Luego ata el amuleto al cuello de Chole.

“Esta tierra es del Rancho de las Cuevas, allá en Guanajuato, que es donde el Niño nació. Hoy día todo el lugar se ve aureolado, pos de escuincle el Niño anduvo por ahí. Cada vez que paso por esas partes vuelvo con tierra. También puse unos pedacitos de yerba de sannicolás, que sirve muy bien en los casos de animales ponzoñosos, y 'ora, vuelva a casa con su cuchufante mientras yo consulto más rato con el Niño entre rezos y penitencias pa' determinar el mejor plan de tratamientos. Regrese con ella mañana por la tarde como a estas horas. El amuleto la conservará durante la noche.”

Josefina, mujer tetuda y culona, cagatintas de la Jefatura, entra cuzqueando en el cuarto y les entrega hamburguesas y Coca Cola a los oficiales. Para Hipólito, ni agua.

“Soy tu esclavo, mamacita linda,” dice Cirilio, el oficial de la porra. “Miles y miles de gracias.”

“Más tarde me las puedes pagar, ¿eh? Te espero después de la jornada.”

“Cómo no, tesoro, con toda seguridad. Y con esas carnes ni frijoles voy a pedir.”

“A mí no me caería mal humedecer un poco el pizarrín,” dice Jacobo, el otro oficial con aspecto de chintete mientras se cierra la puerta. “Gallina vieja hace buen caldo.”

Comen y siguen con sus preguntas. Hipólito se siente endeble por el olor de las hamburguesas. Sólo ha comido, el día de hoy, una guayaba llena de gusanillos blancos que encontró en un asiento desocupado del camión hace muchas horas, muy de mañana.

“¿Así que traficas en culebras muertas?”

“Sí señor.”

“¿Y no en chiches de gallina?”

“No señor.”

“¿Y no en ninguna cosa más?”

“No señor, de ninguna manera.”

“¿El ololihqui?”

“Ni sé lo que es señor.”

“El curioso inocente, ¿eh? ¿Siques porfiando en que no eres narcotraficante?”

“Sí señor.”

“¿Te das cuenta de lo que te puede pasar?”

“No señor.”

“¿Nunca te has dedicado al contrabando de sustancias?”

“De cuáles sustancias señor?”

“De las drogas, menso.”

“Yo sólo vendo culebras señor.”

“Cómo echas papas. ¿No sabes lo que te va a pasar?”

“No señor.”

“Qué testiduro.”

“Sí señor.”

“E idiota.”

“Sí señor.”

Cirilio sonríe. “Te van a encarcelar para un montón de años. Los carceleros te pegarán puntapiés en los sitios particulares.”

“Te darán pinchazos eléctricos al pajarito que te chamuscarán la carne,” dice Jacobo.

“Te pelarán el pito con papel de lija hasta que no sirva ni para mear.”

“Sí señor.”

“Echarán yerba sin raíces a tu comida.”

“Pos parece que sí he pisado mala yerba,” Hipólito dice para sí.

“Las cárceles están plagadas de bichos que te trapanarán a todas horas,” dice Jacobo. “Te pillarán la piel, se meterán en tus ojos, en tu culo, cenarán tus tripas.”

Hipólito guarda silencio.

“¿Dices que no sabes lo que es el ololiuhqui?”

“No sé lo que es señor.”

“Deja de hacerte el bobo.”

“Sí señor.”

“¿Cómo que llevabas en la bolsa semillas de esa sustancia?”

“Perdone usted señor, pero yo no creo que puedan ser lo que dice. Perdóneme, pero es que son puras semillas de la Virgen, de la yerba María, y son la medicina de Chole, mi mujer.”

“Ya te cogemos en otra mentira. Si son de tu mujer, ¿por qué las tienes tú? ¿Y en este país?”

“Todos los días me toca moler unas de las semillas y mezclarlas con un poquito de tlachique pa’ que se las tome. Pero no puedo dejarlas con ella, es capaz de cualquier locura y a lo mejor las tira, y valen un dineral. Si las tira, puede que se las coman las gallinas.”

“Y de dónde sacas el conqué para comprarlas si eres tan pobre como quieres que creamos?”

“Me dieron lana mis amigos allá en El Buitre.”

“¿El Buitre?”

“Sí. Queda nomás unos poquitos kilómetros de Los Cacastles, que es donde yo vivo.”

Jacobo se echa a reír. “Si no comes algo pronto, tú mismo te vas a convertir en cacastle, tan rechupado eres. Estás hecho un chichicuilotte.” Babeando, se toma un trago de Coca Cola.

Dice Cirilio, “¿Y por qué a la botella de tu mujer le falta etiqueta? ¿De cuál farmacia es?”

“Pos fijese que no sé nada de ninguna farmacia. Me la entregó don Apolonio, el que cuida a mi mujer. El me dio las semillas. Es discípulo del Niño Fidencio. Ha hecho muchos estudios sobre estas cosas.”

“Un cuate presta sus servicios a tu mujer, ¿eh?” dice sonriente Jacobo. Hipólito baja la vista.

“¿Así que tus amigos tienen lana de sobra y también semillas?” dice Cirilio.

“Sí señor.”

“¿Y cómo se llaman otra vez esos grandes amigos?”

“Juan y Pedro señor.”

“Ah, claro, Juan y Pedro. Lobos de una camada. ¿Y el apellido?”

“Pos no me lo sé señor, fíjese que nomás son Juan y Pedro.”

“¿Y de dónde son estos buenos amigos que te obsequian lana nomás por tu bien parecer?”

“Pos quién sabe señor.”

“¿Son naturales de El Buitre?”

“No sé. No me dijeron. Nunca se lo pregunté. Pero me imagino que pueden ser de Oaxaca, por ahí es donde cosechan muchísima yerba María. Al pensarlo bien no creo que sean de El Buitre, yo conozco a la gente de ahí. ‘Ora que me acuerdo, los conocí por los buenos oficios de don Apolonio.’”

“Ajá. Claro Don Apolonio otra vez.”

“Es el doctor de Los Cacastles, ya se lo he dicho.”

“Pura mentira. Otros agente compañeros de nosotros pasaron por allí y regresaron hace poco. No dieron con ningún don Apolonio ni nadie sabe de él. También pasaron por El Buitre y tampoco supieron nada sobre ningún Juan o Pedro.”

“Es que don Apolonio siempre ha hecho rancho aparte. Vive en el desierto.”

“¿Y desde cuándo conoces a esta gente?”

“A don Apolonio desde chiquilín, aunque desde lejos. El siempre ha guardado las distancias con los lugareños. Y a los otros, a ver, hace quizá tres semanas. Son amigos de don Apolonio, se llevan juntos. Y también son amigos de Míster Cummings-Smith allá en San Antonio. Ellos me platicaron mucho de él y me dieron su dirección.”

Los oficiales no dejan de hacer sus preguntas. Sudan mucho y se repiten mucho. Hipólito no entiende por qué tienen que ser de genio tan áspero y malmodiarlo tanto. A lo mejor comieron gallo. Lo único que Hipólito quiere es coger el camión para Sabinas, regresar a su choza en Los Cacastles y llenarse la barriga de frijoles.

“¿No te das cuenta, imbécil, de que el paquete que intentabas llevar a San Antonio es para un cuate muy chalecón, muy notorio, aquí en Texas?”

¿Que encontramos una cantidad industrial de semillas de ololihqui escondidas dentro de tus culebras?"

Hipólito piensa. "De eso no sé yo nada señor, se lo he dicho ya. Mis amigos me pidieron un favorcito. Compraron unas de mis culebras y se las llevaron a su casa. Más luego me pidieron que las entregara yo a Mister Cummings-Smith allá en San Antonio, que eran un regalito pa' él, que es una persona versada en cosas de estos animales, que ellos mismos no podían ir el día de hoy porque les tocaba otro asunto de mucha necesidad. Me dieron más lana. Me hace falta lana pa' arreglármelas con don Apolonio. Es mucho lo que le debo."

Cirilio se pone a golpear suavemente la porra contra su propio muslo.

"Según nos informaron nuestros compañeros no hay ningún don Apolonio por esas partes. Sobre él la gente no dice nada en absoluto. Tus amigos Juan y Pedro asimismo se han evaporizado en el desierto. También nuestros compañeros decidieron pasar a saludar a tu mujer. Sólo encontraron a una momia apergaminada y maloliente que a lo mejor era tu madre. Ya Chole vendió tu rancho, bobo."

Sigue golpeándose el muslo con la porra. A Hipólito el ruido sordo parece resonarle en su propia carne.

En un braserito sobre un huacal vació mero enfrente de Chole, que tiene la blusa puesta al revés, se quema copal. Inhalando el incienso, ella queda muda. Hace tiempo que no habla para nada. Don Apolonio está moliendo semillas hembra de la yerba María para luego mezclar el polvo con mezcal. Mientras muele, canta en una pequeña ceremonia curativa

Aquel nahual le causó el mal
Aquel nahual le robó la razón
Esta receta es la curación
Esta receta echará al nahual
Estas semillas con copa de mezcal
Pa' esta cuchufante que sahumo con copal
Aquel nahual se cree chuzón
Pero aquel nahual es muy rajón
Poca cosa es aquel nahual.

Hipólito mira y escucha. Al acabar de preparar la pócima, don Apolonio se acerca a Chole, le asperja de agüita verdosa y bendita, agua del charco milagroso de Espinazo, donde el Niño Fidencio curaba a los enfermos, y hace la señal de la cruz siete veces. Luego le da de beber una copa de la medicina preparada y se toma otra igual. Luego dice la Ave María Purísima siete veces.

"Es un tratamiento que aprendí en Oaxaca pa' que usted sepa," dice don Apolonio a Hipólito, "puesto que usted es el interesado. Me gusta que usted

esté al tanto de lo que son algunas de mis normas sanativas, así puede ver que son normas bien establecidas. Este tratamiento es rebueno.”

Al rato se produce el sueño y aparecen las niñas de la planta.

“¿Las ve?” don Apolonio le dice a Chole.

“Sí,” ella dice en tono muy bajo. “Son chiquititas, y visten pedo de lobo.”

Con humildad don Apolonio saluda a las criaturas y les pide que proporcionen su bendición para confundir al nahual y para curar a Chole sin que tenga recaídas. Luego, comiéndose sílabas como si estuviera ajumado, le informa a Hipólito, que no puede ver nada en absoluto, que las niñas, lindas hijas de la diosa de la yerba, están contentísimas con esta reunión, que han conferenciado de antemano con el Niño Fidencio, que todos están muy de acuerdo de que este tratamiento es de los más buenos para los trastornos de Chole.

Cuando ya bastante metida la noche Hipólito regresa a casa con su mujer, ésta cuenta chismes y charla como una descosida con las niñas, e Hipólito tiene que asestarle unos golpecitos de caña para que siga adelante.

Los golpes de la porra son sordos. Mientras los da, Cirilio, entre complacido e informativo, habla.

“Lo que a mí más me gusta de la porra de hule es que no hace fragor que distraiga la atención de uno, ni tampoco deja moretones muy patentes aun si se rompen huesos frágiles o vasos sanguíneos. Ni daña a los sesos de manera fácilmente identificable.”

Jacobo prende un puro y asiente con la cabeza. “Muy a la ciencia cierta,” dice con aprobación.

Hipólito no dice nada. Se ha caído al piso y se le ha dormido el brazo derecho. Le duelen mucho el cuello y las orejas. Oye vagamente las palabras de los oficiales pero le importan menos que el dolor que ha empezado a pulsar en la cabeza. Un chorrillo de sangre se le sale de las narices.

“Hipólito,” dice Cirilio desde lejos, “te haces que la Virgen te habla cuando ni te parpadea, pero nosotros vamos a sacarte los trapitos al sol antes de que se ponga, te lo juro.”

Jacobo chupa su puro y sonrío.

“Ya veo que su cuchufante anda menos descompuesta,” don Apolonio le dice a Hipólito. “Hoy le toca la penitencia de Espinazo que la va a’liviarse aun más.” Y a Chole le dice, “Usted conoce una canción que se llama La hija del penal, ¿verdad?”

Chole asiente con la cabeza.

“¿Ve usted ese cacto muy alto a lo lejos?”

Chole asiente.

“Desde ese cacto usted va a hacer el recorrido pa’ cá de rodillitas, siempre hacia el cuadro del santo Niño guadalupano, que le ha de orientar pa’

que no yerre el camino, y siempre cantando La hija del penal, que es la canción predilecta de él.”

Otra vez Chole asiente con la cabeza y sin demora se pone a caminar penosamente hacia el cacto, que queda a unos quinientos metros de distancia. Mientras camina, canta

Le hija del penal
Me llaman siempre a mí
Porque mi padre es carcelero
Yo amor jamás sentí
Yo nunca conocí
Más que las penas del prisionero

y se pierde de vista entre la maleza del desierto bajo la luz deslumbrante del sol de la tarde. Hace un calor asfixiante. Don Apolonio se mete a la sombra diminuta de su choza, fuma algo, luego se echa una siestita, dejando a Hipólito que mire las telarañas.

Cuando Chole vuelve, la piel de su cara y de sus brazos se ve lacerada. Su blusa está rota, las trenzas están desatadas. De las rodillas y las espinillas sale sangre que deja pequeñas manchas oscuras en el suelo. Al llegar ante el cuadro todavía está cantando débilmente.

“Levántese,” le dice don Apolonio, y se pone a embarrarla de lodo del charco milagroso de Espinazo. “Al Niño le encantó su peregrinación, la vio toda desde arriba.”

Le ofrece un vasito de agua verdosa pero ella no lo acepta.

“Esto huele mal,” dice.

“¿Cómo que mal? Es del mismo charco en que el Niño se bañaba diario. Tiene destilaciones de su alma.”

Vacilante, Chole toma el vaso y se esfuerza por beber.

“Esto huele mal,” dice, estremeciéndose.

“Tómelo.”

Lo toma. El olor le alcanza a Hipólito. Le hace basquear.

“Levántate, Hipólito,” dice la voz lejana de Cirilio.

“No parece estar vivo.” Parece ser la voz de Jacobo.

“Aquí tienes un vasito de agua, Hipólito.”

“Sí, Hipólito, fíjate, un vasito de agua.”

Se estremece. Se siente con ganas de vomitar.

Mediodía. El sol arde.

“También hice estudios con los espiritualistas trinitarios marianos del Templo del Mediodía en San Luis Potosí,” dice don Apolonio. “De ese lugar saqué el santo nombre de Apolonio. A lo mejor usted sabe que mi nombre común y corriente de nacimiento era nomás Felipe.”

Hipólito no dice nada. Está molesto. La curación le está costando un disparate que se amontona cada vez más a base de los malvados intereses según don Apolonio le ha explicado. Y Chole no se mejora.

Ésta, arrodillada, está mirando fijamente hacia el ojo azul, con rayos dorados, de la divinidad, que está sobre un altar. El altar consiste en el huacal ahora cubierto de paño barato. Hay varias velitas de sebo, una caneca de agua santificada del charco de Espinazo, y unos dientes de ajo de alguna tienda de Sabinas.

Por fin Hipólito habla. “Mi mujer no se compone.”

Don Apolonio contesta en tono brusco. “Se me está abriendo el cerebro pa’ que entre el espíritu. Cállese la boca pa’ que no le estorbe tanto ruido.”

Con algo de temor reverencial Hipólito se calla, pero al mismo tiempo sigue molesto. No sabe de cuál manera va a poder pagarle lo debido a don Apolonio. Y Chole cada día va de mal en peor. No come nada. Apenas toma agua. Ha empezado a toser sangre. Es incontinente, no se puede usar el petate que está siempre húmedo.

Don Apolonio saluda al ser espiritual, hablándole de hermano, y en voz alta le expone el problema de Chole. El espíritu le espeta instrucciones en voz tan baja que Hipólito no oye nada en absoluto, y luego se hace etéreo de nuevo, dejando íntegro el cerebro de don Apolonio. En una especie de trance, éste se mete a la choza, saca un huevo de zopilote mojado en bálsamo y lo pasa sobre el cuerpo de Chole mientras ella sigue mirando hacia el ojo. Don Apolonio le pellizca las muñecas, luego pasa el ajo por el cuerpo de ella, y finalmente le sopla con bálsamo la nuca y la espalda y le asperja de unas gotitas de agua santificada. Luego, mientras prende las velitas, repite siete veces, “Déjase de eso.”

Las velas brillan con luz mortecina. Al rato Chole da muestras de volver en sí, pero de repente se ve más turbada que antes. Le entra un temblor violento, está con los ojos desorbitados. Don Apolonio le ofrece una tisana pero ella la rechaza, casi tirándola al suelo.

“Tómela,” dice él, mirándola severamente. Su voz es perentoria. “La divinidad del ojo lo ordena así.”

Despacito, con trabajo, ella toma el líquido, mirando con ceño a don Apolonio.

A medio camino para la casa lo vomita todo.

Se siente nauseabundo.

“Todavía no se mueve. Quizá esté deshidratado. Hace mucho calor.”

“Quizá le hicimos daño al cerebro con la porra.”

“¿Con esos golpecitos?”

“Mira la expresión de asco de su cara. Como si se hubiera tragado alguna porquería.”

“Chole no puede venir hoy. Está más mala que antes. Se sigue desemejando. Las curaciones de usted no sirven. Por eso vengo ahorita, a regularizar los asuntos entre nosotros.”

Manoseando un cuchillo de caza a escondidas de Hipólito, don Apolonio trata de clavar la vista en el otro. Pero está empañada, sólo ve una imagen borrosa.

“Es que han venido pocas veces. Su cuchufante tiene trastornos dificultosos. Ella no se puede componer de un día a otro, eso se lo dije ya.”

“Está con calentura, con la lengua fuera como perra que no apaga la sed. Tiene calambres y se retuerce de dolor. Desgarra sangre. Sus ojos no me conocen. Se ha vuelto más cosijosa que nunca. Ya no quiero seguir de esta suerte.”

“¿Así que viene a ajustar cuentas?”

“Sí. Como el rosario de Amozoc.”

“Pura valentonada. Déjese de incordiar.”

Hipólito se fija en que don Apolonio sigue con mucha rojura en los ojos, que éste tiene la mirada bizca.

“Usted come santos y caga diablos, y por eso le voy a cambiar en chulupas, farsante,” dice, dándole un viajazo al otro.

Despacito, con cautela, los dos empiezan a dar vueltas en círculo, uno frente al otro. Hipólito maneja machete.

“¿Sabe una cosa?” dice éste. “Que yo recuerde, usted tiene cara de cuita y cuerpo de mal olor de no bañarse.”

“Cállese el hocico de una vez, droguero, hijo de quién sabe cuántos. Me las he visto con otros más buenos que usted y los he vencido. Usted es muy poca pieza.”

“Pos ya póngase al pedo, cabrón, que va a pelar gallo.”

Se ponen a repartir golpes a tontas y a locas. Don Apolonio, que va para viejo, es recio y ágil todavía. Por poco logra clavar a Hipólito, pero éste, hurtando el cuerpo, tuerce rápidamente la mano, agarra el ombligo salido de don Apolonio y así sujetándolo le asesta un golpazo y se hunde el machete en el brazo izquierdo. Se cae el cuchillo e Hipólito se abalanza sobre el otro.

Cuando don Apolonio queda bien callado, Hipólito lo arrastra hacia el cacto alto. De regreso, saca del estuche de puros que encuentra en un rincón de la choza toda la lana del difunto y se la guarda en la bolsa. Toma unos tragos de agua bendita, luego se dirige rumbo a El Buitre para tener una pequeña junta con Juan y Pedro. Además de su machete lleva ahora el cuchillo de caza de don Apolonio.

Hipólito se halla acostado de espalda en el piso. Hay nubes de humo. Los dos oficiales están fumando puros. A Hipólito le duele mucho la cabeza. El brillo del foquito, última fase fulgurante de solecito moribundo, le parece cegador.

Piensa en Chole, que estaba en las últimas cuando la dejó para ir a visitar a don Apolonio, y en don Apolonio mismo, ya recibido en la tierra de los descarnados, junto con los amigos de Oaxaca que pretendían hacer sus negociocitos en El Buitre. Costó trabajo finalizar a éstos, no tenían muchas ganas de expirar, se opusieron bastante, pero Hipólito insistió mucho y, con un ojo al gato y otro al garabato y con la ayuda del cuchillo de don Apolonio, alcanzó el pescuezo de Juan, abriéndole unas venas grandes mientras el machete hacía caso de su compañero hasta darle en la madre. Al quitarles la cartera se sintió aliviado. No sólo había lana sino también un pedacito de papel que llevaba la dirección de un cierto Mister Cummings-Smith, buen conocedor del ololiuhqui. Después de dejar a los amigos en su nueva morada en un lugar del desierto agraciado de mucha maleza, volvió por las bolsas de semillas y se sintió alborozado. Estaba a punto a trabar una muy provechosa amistad en San Antonio.

Se oye la voz de Cirilio. “Levántate, Hipólito, a darle, que es mole de olla.”

Hipólito se fija en que el oficial está sentado ahora sobre el paquete destinado a Mister Cummings-Smith. También puede ver sus pantalones, su camiseta y sus guaraches en un rincón.

“Levántate, ratón tlacuache, ya vete a hondear gatos de la cola. Ándale, antes de que cambiemos de pensar.”

Hipólito se levanta con esfuerzo. Le duelen los ojos, la cabeza, los brazos, todo. El humo le hace que tosa, le cuesta mantenerse en pie. Con torpeza va por su ropa y lucha por vestirse. Divertidísimos, fumando puros, los oficiales lo observan.

“Puedes llevar contigo tus culebras,” dice Jacobo, fumando su puro. “Nosotros no queremos que estén aquí para dar susto a la precioso de Josefina.”

“Claro que nos vemos obligados a guardar las semillas en custodia preventiva,” Cirilio añade. “Por cierto se tuvo que cortar tus culebras por la mitad para sacarles todas las semillas, pero con toda seguridad tú puedes remediar nuestra cirugía pésima. También nos vamos a quedar con la botella de medicina de tu mujer. A lo mejor ella pronto se compone y goza de una magnífica salud sin tener que contar con ella.”

Cirilio está de pie. Hipólito se inclina y recoge su paquete.

“Este es tu primer delito,” dice Cirilio, “así que puedes largarte. Más vale no volver acá, pues ya consta oficialmente el hecho de tu pequeña detención aquí el día de hoy, y por desgracia está metido sin remedio y para siempre en las tripas de la computadora.”

“Sí señor,” dice Hipólito.

“La próxima vez,” Cirilio sigue, “hasta te puede ir mal. Has sido usado, tus amigos te entrucharon. Eres víctima de gente sin escrúpulos, y te puedes meter en líos más graves si de aquí en adelante no tienes cuidado.”

“Sí señor.”

Y Jacobo dice, “¿No te dabas cuenta de que el tal Cummings-Smith no está en San Antonio, sino que por casualidad murió en el calabozo hace ya varias semanas?”

“No señor,” dice Hipólito, encogiéndose de hombros.

Una vez en la calle se da cuenta de que en la bolsa de los pantalones no queda más lana que para el precio del boleto de regreso a Sabinas por camión.

“Por poco se nos olvida,” viene la voz de Jacobo desde atrás, “mil gracias por las hamburguesas y los puros.”

Hipólito sigue caminando como si conociera el camino de la estación. Se acuerda de repente de que en casa sobra un poco de cecina de venado. No tiene la más mínima intención de meterse en líos. Aguantó bala y sólo anhela llegar a casa para comer como nigua, y luego, para no faltar a la decencia, deshacerse de los restos de Chole.

J. W. Rivers